

## MOMENTO FUNDACIONAL

ORTEGA Y GASSET, José: *Vieja y nueva política*. Y otros escritos programáticos, edición de Pedro Cerezo Galán. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007. 322 p.

JAVIER ZAMORA BONILLA

ORCID: 0000-0003-0139-9714

La feliz iniciativa de Jacobo Muñoz y de Francisco José Martín de fundar una “Biblioteca del 14” en la editorial Biblioteca Nueva se va traduciendo en una colección de textos importantes de la Generación de 1914, que serán referencia ineludible para los que nos interesamos por un periodo tan sustancial de la historia de España. Ya se han editado las *Meditaciones del Quijote* de Ortega, en edición de José Luis Villacañas; *El espíritu liberal (antología de ensayos)* de Ramón Pérez de Ayala, en edición de Andrés Amorós; *Anarquía o jerarquía* de Salvador de Madariaga, en edición de Pedro C. González Cuevas; *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*, con textos de varios autores en edición de Francisco José Martín; y *El sentido*

*humanista del socialismo* de Fernando de los Ríos, en edición de Jacobo Muñoz. Y es de esperar que en los próximos años veamos publicarse textos de Gregorio Marañón, María de Maeztu, José Castillejo, Alberto Jiménez Fraud, Luis de Zulueta (aunque de éste Biblioteca Nueva ha publicado ya *El ideal en la educación. Ensayos pedagógicos*, en la colección “Memoria y crítica de la educación”), Manuel García Morente, Américo Castro y algunos de los múltiples científicos que se mueven en la órbita de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, entre los que destaca Blas Cabrera.

En esta “Biblioteca del 14” no podía faltar *Vieja y nueva política* que se presenta acompañada de otra serie de textos, los cuales permiten ver con mayor claridad y precisión el pensamiento político de José Ortega y Gasset en torno a la emblemática fecha de 1914. La selección y la excelente introducción son obra de Pedro Cerezo, que no sólo es una de las personas que mejor conoce el pensa-

## Cómo citar este artículo:

Zamora Bonilla, J. (2007). Momento fundacional. Reseña de “Vieja y nueva política. Y otros escritos programáticos”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (14/15), 271-276.

<https://doi.org/10.63487/reo.597>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 14/15. 2007  
mayo y noviembre



miento orteguiano sino quien más ha contribuido a que la filosofía orteguiana entre en el canon de los estudios universitarios españoles desde su ya lejana obra *La voluntad de aventura* (1984), que tantas nuevas perspectivas abrió en los estudios orteguianos. *Vieja y nueva política* no podía faltar en esta “Biblioteca” porque es el *momento fundacional* de la Generación del 14. En el otoño de 1913 se pone en marcha la Liga de Educación Política Española, principalmente formada por jóvenes intelectuales y profesionales de dicha Generación –aunque también participaron algunos representantes de la generación anterior como Ramiro de Maeztu y Antonio Machado. El 23 de marzo de 1914 Ortega presenta dicha asociación en el Teatro de la Comedia de Madrid con la que se convertirá en famosísima conferencia *Vieja y nueva política*. Julián Marías solía decir que 1914 es el año en que Ortega se da de alta en la vida pública, pero tal afirmación hay que entenderla como un proceso que se viene gestando desde principios de siglo en una doble vertiente: cultural (la polémica sobre el casticismo) y política (la polémica sobre el liberalismo). En este sentido, se echa en falta entre los textos anexos seleccionados el primer artículo eminentemente político de Ortega, “Reforma del carácter, no reforma de costumbres”, que publica en primera página de *El Imparcial* el 5 de octubre de 1907, una dura diatriba contra el Gobierno de Antonio Maura.

Sí está acertadamente entre los textos seleccionados “La reforma liberal”, que apareció en la revista *Faro* –que Ortega

había contribuido a fundar– el 23 de febrero de 1908 y que dio lugar a una interesante polémica con Gabriel Maura, hijo del entonces presidente del Gobierno. Lo que Ortega plantea en los escritos de esta polémica es que el liberalismo tiene que transformarse en un sentido socialista, mientras que Gabriel Maura piensa que el programa liberal ya se ha cumplido y que a los liberales dinásticos no les queda otro remedio que hacerse conservadores. Ortega mostraba por entonces claras simpatías por el Partido Socialista y desconfiaba profundamente de los partidos del turno de la Restauración. Para Ortega, el Partido Socialista tenía que ser un partido cultural que hiciese la reforma intelectual y moral que necesitaba España para modernizarse y europeizarse. Mas el “santo laico” (es expresión de Ortega) del socialismo español, Pablo Iglesias, no estaba por esta labor sino por acentuar el perfil obrerista y sindical del socialismo (que parecía no disgustar al filósofo), basado en un marxismo de segunda o tercera lectura, demasiado dogmático para abrirse a los vientos del socialismo fabiano inglés o del socialismo aristocrático de cátedra alemán, es decir, a la socialdemocracia, que era el modelo que tenía en mente el joven filósofo.

Los intelectuales como Ortega no eran vistos con buenos ojos por el socialismo español, aunque algunos (Julián Besteiro o Luis Araquistáin, entre otros) ingresaron por aquellos años en el Partido. Ortega se fue distanciando poco a poco del PSOE porque no compartía ni su defensa de la lucha de clases ni su falta de previsión ante los problemas nacionales, metido como estaba en

una retórica internacionalista que le llevaba a despreciar la lucha política parlamentaria y le impidió tener algún diputado en el Congreso hasta 1910, más de treinta años después de su fundación. Sin llegar a romper todavía amarras con el socialismo, Ortega se aproximó entonces a Alejandro Lerroux, aunque tampoco llegó a militar en el Partido Radical, pero sí estuvo en la órbita de la conjunción republicano-socialista y en la oposición a Maura, en el “¡Maura, no!”, entre 1909 y 1910. De estos años, Cerezo ha seleccionado textos muy relevantes para entender la posición política de Ortega y su ideal europeísta: “Los problemas nacionales y la juventud”, “La ciencia y la religión como problemas políticos” y “La pedagogía social como programa político”.

Al año siguiente, 1911, Ortega se marcha por tercera vez a Alemania (y por segunda a Marburgo). Este año va a ser fundamental en la evolución del pensamiento filosófico y político de Ortega porque va a cuajar en él la crítica al neokantismo y va a conocer la fenomenología de Edmund Husserl, que le abrirá, cómo bien señala Cerezo, nuevas perspectivas. Su estancia en Marburgo también le servirá para tomar una cierta distancia de la política española, aunque sigue colaborando en el diario de la familia, *El Imparcial*, y empieza a publicar en *La Prensa* de Buenos Aires. Muchos artículos siguen teniendo un fondo político, pero son menos combativos. Un buen ejemplo es el texto seleccionado por Cerezo “La herencia viva de Costa”, de 1911, en el que Ortega muestra la influencia que en su generación tuvo el regeneracionismo

costiano y las distancias que le separaban del mismo.

A su vuelta a España, sin dejar de participar en el debate público desde la prensa, Ortega quiere concentrarse en su labor de catedrático de Metafísica de la Universidad Central, pues va a ser el primer año que imparta docencia en la misma tras haber sacado la oposición a finales de 1910 y haber permanecido en Marburgo todo el año de 1911.

*Vieja y nueva política* hay que entenderlo dentro de la circunstancia que se abre tras el asesinato de José Canalejas, presidente de un Gobierno liberal reformador al que Ortega y la mayoría de los jóvenes del 14 no prestaron ninguna atención. En 1912 se funda el Partido Republicano Reformista, que tenía como principales cabecillas a Melquiades Álvarez y a Gumersindo de Azcárate. Como bien ha estudiado Manuel Suárez Cortina, era un partido de intelectuales y clases medias que quería refundar el viejo republicanism, muy maltrecho desde la fracasada experiencia de la I República a pesar de los intentos de recomposición con la Unión Republicana a principios del siglo XX y del más sólido proyecto del Partido Radical de Alejandro Lerroux, con bastante influencia electoral en Barcelona. No hay datos de que Ortega militara en el Partido Reformista antes de 1914, pero sí debió ver en él enseguida una posibilidad para romper el turno de partidos e iniciar una política más radicalmente liberal, democrática y social. Sus críticas al régimen de la Restauración eran evidentes desde años atrás, pero hasta 1913 no se decidió a romper abiertamente con el Partido

Liberal, que era el de su tío Rafael Gasset, ministro en varias ocasiones, y el de su padre José Ortega Munilla, diputado en varias legislaturas. El 22 de abril de 1913 coló un artículo en *El Imparcial* titulado “De un estorbo nacional”. El tal estorbo no era otro que el Partido Liberal. No es extraño que su crítica le supusiese la ruptura con el diario familiar y tuviese que publicar la segunda parte del artículo en *El País* el 12 de mayo.

Ambos textos se echan de menos en la presente edición, porque son claramente un hito en la posición política de Ortega cuando en el otoño de 1913, unos meses después, por tanto, se crea la Liga de Educación Política Española. Ortega ha roto claramente sus lazos con la política dinástica al tiempo que ha mostrado sus diferencias con los socialistas y con los radicales. No es extraño, consecuentemente, que la Liga torne sus ojos hacia el Partido Republicano Reformista de Melquiades Álvarez, que el 23 de octubre de 1913 da un discurso en el Hotel Palace para exponer las condiciones que el reformismo considera indispensables si quieren que colabore con la Monarquía. A esto es a lo que se llamó accidentalismo, porque se venía a decir que lo importante no era la cúspide del régimen, Monarquía o República, sino el carácter democrático del mismo.

El reformismo atrajo a los intelectuales jóvenes, que con la Liga quisieron hacer, como bien señala Cerezo en la introducción y ya ha comentado en otras ocasiones, una política fenomenológica. Querían conocer el fenómeno España a través de minorías provinciales capaces de comprender la realidad que les toca-

ba vivir. La Liga no fue un partido político ni se puede considerar un órgano del Partido Reformista, aunque algunos de sus miembros, como Manuel Azaña, Luis de Zulueta o el propio Ortega, llegaran a militar en el Partido. La Liga quería ser un grupo de intelectuales y profesionales capaces de formar la opinión pública desde el conocimiento de la realidad política.

Con este objetivo se presentaron cuando Ortega dio a conocer el grupo en su conferencia *Vieja y nueva política*. Sus lemas eran “liberalismo y nacionalización”. Liberalismo en el sentido del liberalismo renovado y socialista que se hablaba ya en Europa (muchos habían seguido con interés las reformas de David Lloyd George en Inglaterra y el debate sobre el revisionismo de la socialdemocracia alemana), y nacionalización en el sentido de que había que poner por delante los intereses de la nación frente a los intereses particulares de grupos, fuesen estos los políticos, la Iglesia, la Monarquía, los empresarios, los obreros, el ejército, etc.

Buscaban “justicia y eficacia”, porque sólo un régimen justo permitiría el verdadero ejercicio de los derechos políticos, y porque sólo desde la “competencia” (título que había dado Ortega a un artículo el año anterior y que con acierto recoge Cerezo) se podían llevar a cabo políticas que dieran satisfacción a las necesidades sociales.

La conferencia sentó muy mal en los grupos que Ortega había frecuentado años atrás, socialistas y radicales, que le lanzaron duras críticas desde sus medios. Alguno, Andrés Saborit, refiriéndose a los intelectuales de la Liga

llegó a proponer airadamente que se fueran, que nada querían saber de ellos en el socialismo, porque se veía que acabarían haciendo el juego a la política dinástica. El tibio monarquismo mostrado por Ortega en el discurso, cuando muchos sabían que era cordialmente republicano, y su falta de crítica contundente a las campañas militares en Marruecos sentaron muy mal entre radicales y socialistas. Por el contrario, los periódicos del régimen creyeron ver en el posibilismo reformista de estos jóvenes una esperanza de incorporación a las estructuras del régimen. El propio Gabriel Maura, ya un consolidado prohombre del maurismo, le propuso a Ortega liderar juntos un nuevo turno pacífico, pero Ortega estaba claramente por la ruptura; no cabían transacciones con la política dinástica, con la vieja política.

Aunque la Liga puso en marcha algunas iniciativas de las que quedan rastros en el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset, pasó sin pena ni gloria, y aunque la revista *España* fundada en 1915, y dirigida por Ortega durante su primer año de vida, refleja bien los ideales de la joven Generación del 14, no se puede decir que fuera el órgano de la misma, porque la Liga se había diluido sin hacer ruido meses atrás. Por su parte, el reformismo hizo lo que muchos temían, que era aproximarse a los liberales, y Ortega rompió en 1915 con el Partido después de haber sido miembro de su junta nacional, aunque todavía pensó en 1916 presentarse a las elecciones generales.

Cerezo ha incluido en esta edición tres textos publicados en *España* en 1915 que

son buena muestra del ideario político de Ortega en esta fecha. El año siguiente, 1916, es el año de la primera gran desilusión política del filósofo (ya había tenido alguna otra anteriormente), de la que son buen ejemplo las críticas que vierte en el primer tomo de *El Espectador*. Además, gran parte del año lo pasa en Argentina, hasta enero de 1917. A su vuelta, la atención recibida en América y la situación política española vuelven a inclinarlo hacia su papel de intelectual en la plazuela pública, que siempre vio como una tarea forzada por la circunstancia frente a su vocación filosófica. Colabora con Nicolás de Urgoiti en el intento por hacerse con *El Imparcial*, donde no ha vuelto a publicar desde 1913 aunque sigue teniendo algunas acciones, y publica uno de sus artículos más sonados —que se echa en falta en esta edición—, “Bajo el arco en ruina”, que apareció en *El Imparcial* el 13 de junio de 1917. Su petición de Cortes Constituyentes hizo templar los entresijos del sistema y las altas esferas del poder impidieron que Urgoiti se hiciera con el diario. Del fracaso de este empeño nacería meses después *El Sol*, del que Ortega sería no sólo el colaborador de mayor prestigio sino también pluma anónima hasta 1920.

Desde las páginas de *El Sol*, el filósofo pergeñó todo un programa de gobierno, muy en línea con el del reformismo, y del que son buen ejemplo dos textos seleccionados por Cerezo: “Los momentos supremos”, de 1918, y “Ni revolución ni represión”, de 1919. Este programa de gobierno, vigente hasta la II República, tenía tres pilares: reforma constitucional, división

territorial del Estado en autonomías y política social.

Para finalizar, no quisiera dejar en el tintero una sugerencia que considero pertinente para la mejora de esta "Biblioteca del 14", y que amablemente lanzo a sus directores. Sería bueno que la base de estas ediciones fueran los textos originalmente publicados por sus autores y al ser posible la primera edición, sin perjuicio de señalar variantes con ediciones posteriores, porque si lo que se quiere es mostrar el pensamiento de esta Generación hay que ir a los textos tal y como nacieron. Por ejemplo, en este caso, hubiera sido interesante ir a la versión original de *Vieja y nueva política* para ver qué momentos del discurso de Ortega merecieron determinadas reacciones del público, o al "Prospecto de la Liga de Educación Política Española", no sólo porque hay dos párrafos interesantísi-

mos para ver las relaciones de la Liga con el reformismo, que no pasaron ya a la edición de *Vieja y nueva política* de 1914, sino porque allí también está la nómina de los asociados, que creo era el momento de publicarla en esta "Biblioteca". En este caso concreto, además, era muy fácil porque la labor ya estaba hecha en el primer tomo de las nuevas *Obras completas* de Ortega (Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004). Si se hubiera visto esta edición, también, por ejemplo, se podría haber señalado qué párrafos de "Los problemas nacionales y la juventud" no publicó Ortega, pues sólo la segunda parte del texto apareció en *Vida socialista* el 6 de febrero de 1910 con el título "Las revoluciones" y la primera parte sólo se añadió a lo hasta entonces publicado en 1965, es decir, una vez muerto el filósofo.